

nerables instituciones como una protesta viva contra los desórdenes del mundo, reconozco en el poder de sus ejemplos un elemento feliz de restauracion, una causa perenne de metamorfosis morales, una fuente inagotable de remedios para el corazon que desfallece y se consume bajo el doble influjo de la carne y de la sangre, en suma, católicos, el único adversario que puede contender ventajosamente contra la concupiscencia de la carne, primer atributo distintivo de los mundanos.

Cuando concurren, Señores, en una situacion moral esas grandes crisis de la vida humana, en que el mundo mismo parece conjurarse contra los suyos, con los terribles azotes del cielo que llevan la consternacion á todas partes, el alma se ve muy cerca del sepulcro, para que pueda distraerse mas de la grave cuestion de sus postrimeros destinos. Entónces entra en sí misma, abre con inquietud el libro de sus memorias, registra los fastos de sus placeres, y no viendo en ellos sino una galería de sepulcros, pronuncia contra la insensatez de su vida un fallo muy favorable á la vida de estas vírgenes consagradas á la penitencia.

¡Ah! En estas circunstancias tan solemnes para el alma la penitencia reasume sus derechos todos á la admiracion y al respeto de los mundanos. La tribulacion y la muerte, pasando la revista de todos los corazones, hacen caer de los ojos el deplorable velo, y el arrepentimiento se insinúa, digámoslo así, en medio de la consternacion general. Todos los prestigios, todas las ilusiones, todas las excusas del alma delincuente desaparecen ante la imagen siempre venerable de la virtud mortificada y pacífica, austera y feliz, despreciada de los mundanos é inscrita en el registro eterno de los escogidos. Insensiblemente empiezan á desvanecerse las se-

ductoras imágenes, á cambiarse en amargura el sabor del deleite, á experimentarse la terrible desazon del pecado, las espinas del remordimiento y los nobles á par que santos estímulos de la piedad. Así es, ¡ó Dios mio! como haciendo coincidir en un punto los castigos que distribuís en vuestra misericordia con los ejemplos constantes que conserváis en vuestra providencia, preparáis las mudanzas del corazon, y multiplicáis en el seno mismo de Babilonia las conquistas de vuestra gracia con la conversion de los pecadores! De este modo, católicos, el ejemplo constante de estas almas retiradas es una protesta viva y permanente contra el desorden de las pasiones, y una piscina de salud para la humanidad contaminada con el crimen, y un depósito de esperanzas contra esos agentes depravados que luchan por corromper y arruinar enteramente la sociedad. Pero no lo he dicho todo, esta se interesa en la conservacion de esos institutos venerables tanto por los ejemplos que la estimulan, como por los desengaños que la ilustran, mueven y deciden en favor de la moral y de la virtud.

Os he hablado con el Apóstol San Juan de la concupiscencia de los ojos, como de un segundo carácter del mundo, de un elemento de error, de fascinacion y de exterminio; os he manifestado cómo esta concupiscencia está pesonificada en el múltiplo indiferentismo que de un golpe produce todas las muertes en la triste humanidad, y por lo mismo, debo hablaros del único antídoto que puede aplicársela con buen éxito, de esta vida de fe y religiosa esperanza que habla á la razon y á la voluntad con experiencias y desengaños.

El mundo siempre hipócrita, Señores, afecta, bien lo sabéis, una imposibilidad absoluta de ser convencido

cuando se trata de estos sacrificios heroicos, de esta abnegacion perpetua, de esta espontánea y aun dulce consagracion de ciertas almas á la vida de la cruz; pero en la realidad nunca descansa, y ha menester en cierto modo de renovar sin cesar las impresiones fugitivas que la entretienen y alhagan, para no abandonarse á los ímpetus de su propio espíritu. ¡Ah! Los que han tenido la dicha de abandonarle despues de haberle seguido, nos dan un testimonio brillante, un argumento personal contra el mismo mundo. Yo recuerdo, señores, la vida de tantos penitentes ilustres, que habiendo rendido al mundo y á los placeres las primicias de su existencia, cedieron por fin á la luz de un santo desengaño. Ellos nos han conservado la historia fugitiva de sus primeros sentimientos, para darnos una prueba incontestable del poder de los desengaños, y de la mentira de esa paz y contento que afecta el mundo en el seno de sus ilusiones. No nos cansemos: el mundo es impotente contra la desazon, el remordimiento y el vacío que dejan sus placeres. ¡Cuántas veces una tregua, un repentino abandono de los amigos, un golpe adverso de la fortuna, un accidente casual, una inspiracion del momento, han hecho caer la venda de los ojos, ó los bellos colores del cuadro encantado! ¡Cuántas veces esos mismos que mas desdeñosos se muestran respecto de estas instituciones han lanzado en secreto un suspiro hácia la paz que reina en estos asilos de la oracion! ¡Cuántas resoluciones habrán engendrado estos retiros misteriosos en corazones delincuentes! Un pasaje de San Pablo, en que condena las locas alegrías del mundo, convirtió al grande Agustino; la muda voz de un libro místico trasladó desde los combates heroicos hasta las soledades de la pe-

nitencia al Padre de la Compañía de Jesus! ¡Ah! Es difícil sustraerse al imperio de un cuadro en que se animan todas las abnegaciones, digámoslo así, para producir todos los desengaños! Ese espíritu inquieto y vago que arrebató constantemente en pos de mil quimeras á los hijos de Babilonia, se fastidia por último, se cansa de goces incompletos y amargos, anhela por hallar algo capaz de fijar constantemente el corazón. Huye el tiempo, y vienen los dias en que falta ya el encantado prisma de la infancia, el entusiasmo y la fogosidad de la juventud, en que claudican los cálculos y proyectos de la edad madura, y sobre todo en que las ideas consiguientes al inevitable término de todas las cosas humanas ocupan mas frecuentemente la razon, y empiezan á difundir sus alarmas sobre la voluntad. El hombre entónces apela á sus recuerdos, y sus recuerdos le abandonan; busca sensaciones agradables, y las sensaciones agradables han sufrido una prodigiosa disminucion; quiere impresiones fugaces, pero estas han perdido sus prestigios. Entre tanto, los años vuelan, los vínculos de la vida se disuelven ó debilitan, la adversidad se adelanta, la fortuna huye, las pasiones ajenas comienzan á descargar sus golpes, y las experiencias depuran el criterio, para demostrar que no hai virtud en el centro de las relaciones mundanas, ni paz verdadera fuera de la virtud. Entónces el hombre, colocado entre los sepulcros y los claustros, ve por una parte la historia de los placeres, y descubre por otra el código de las esperanzas. Huye de las tumbas...y, ¡á dónde?...Infeliz, si advertido por estas almas, que han hecho todos los holocaustos, vaga sin rumbo, sin tiento ni guía por los senderos de la iniquidad!... ¡Cuántos perecerian en el desengaño, si los claustros no abrieran

una nueva sociedad á su corazon, reuniéndoles en espíritu con estas almas penitentes desde sus hogares y ocupaciones consiguientes á los otros estados de la vida! He aquí, hermanos míos, cómo estas soledades augustas, que ordena y distribuye la religion en el seno mismo de la sociedad, la ministran un bien inapreciable é inaccesible á su poder, el de hacer útiles á la moral y á la eterna ventura los frecuentes y tristes desengaños del mundo.

Pero, aun un resto de atencion: tengo que presentaros mi asunto por el mas bello de sus aspectos, por el de los socorros que suministra para consolar á la mayor parte de los desgraciados, y acelerar en cierto modo, digámoslo así, todos los bienes de la humanidad aun en la tierra.

La sociedad abandona las vias del espíritu; las instituciones religiosas las conservan: la sociedad se retrae de la espiacion y del sacrificio; las instituciones monásticas están especialmente consagradas á una y otro: la sociedad tiende al parecer á cortar sus relaciones con el cielo; estas santas instituciones las mantienen, y fomentan, y afirman de continuo mas y mas con su oracion fervorosa y sus prácticas austeras.

Dirigid, Señores, vuestra vista por todas partes; traed á la comparacion las diferentes épocas de la historia; ved ese movimiento constante de las ciencias, de las letras, de las artes, de las costumbres, de las ideas hácia lo que el mundo llama *positivo*, y calculad en vista de solo esto las esperanzas del género humano. ¿Qué es lo *positivo* para el mundo? En la region de lo especulativo, los objetos puramente naturales, el análisis de la materia, la parte fenomenal del mundo visible; en la region de lo práctico, el desarrollo de los intereses ma-

teriales, los espectáculos, los deleites; en suma, todo se refiere á la utilidad, y esta se reconcentra en el egoismo de los intereses y de los sentimientos. Los que se acuerdan todavía de esa invisible cadena que liga los mundos, los que se ocupan del espíritu, de su naturaleza y sus destinos, de los dogmas revelados y de los altos misterios de la religion, son apellidados ilusos, ó perseguidos como fanáticos, ó abandonados como extranjeros en una sociedad en que todo es interino, y cuyo destino al parecer es la vida de las transiciones.

Pero, ¿la sociedad puede vivir sin verdades, las costumbres pueden conservarse sin virtud, la virtud existirá sin sacrificio? ¡Ah, señores! destruid la verdad, y el mundo perecerá para la inteligencia; destruid la virtud, y la moral pública y privada se aniquilarán; acabad con el sacrificio, y la virtud huirá para siempre de la tierra. ¿Dónde está pues la verdad? ¿Acaso donde se estudia el efecto sin atender á su causa? ¿donde se habla de medios sin atender á los fines? ¿donde se discurre sobre estos sin los datos de la creacion y de la inmortalidad? No: la verdad no admite ni puede admitir nunca un cisma entre sus atributos esenciales: cisma inevitable, cuando la cadena de su origen y de sus consecuencias está desprendida de su principio, que es un *Dios Criador*, extraviada de su medio, que es un *Dios Salvador*, é inversa de su fin, que es un *Dios Glorificador*.

Murió, Señores, á lo ménos para la civilizacion el gentilismo; pero legando su espíritu á las generaciones subsecuentes, no ha muerto del todo aquel eco que volvia del Calvario á escarnecer la penitencia y el sacrificio, denunciando á la Cruz como una insigne locura. Sin embargo, esta santa locura llamó á juicio toda la

sabiduría del sabio, toda la prudencia del prudente, y sobre las ruinas de una filosofía vana y soberbia levantó la razón del cristianismo para regir con ella los destinos de toda la humanidad. ¿Y desde dónde? No de el centro de las opulentas ciudades, no de entre los ricos salones académicos, no á la faz de brillantes galerías, no al impulso de esa boga que la carne y la sangre consagran á las letras cuando adulan á las pasiones; sino desde los yermos y desiertos, desde los retiros ignorados, bajo el humilde saco de la austeridad, y contrariando las pasiones, y amargando los placeres, y condenando á muerte todas las ideas del mundo, ¿Quién revivió en la sociedad la luz de la inteligencia, y sacó del embrutecimiento y la barbarie á todo el género humano en los siglos de tinieblas? Las instituciones monásticas. ¿Quién metodizó, digámoslo así, la vida cristiana en todas las clases del pueblo, cuando se trataba nada ménos que de regularizar por una práctica bien dirigida todos los medios de perfeccion moral? Las instituciones monásticas. ¿De dónde han salido esas legiones angélicas á dominar con el martirio y la doctrina las bárbaras tribus? De los cláutros. ¿De dónde salió ese pensamiento eminentemente heroico de salvar á toda costa á los infelices que yacian entre las cadenas del mas penoso cautiverio? De las instituciones monásticas. ¿Cuya fué la tierna y dulce tarea de aliviar la sociedad doméstica con la educacion de la infancia? De estas instituciones. ¿A dónde se han convertido y convierten los lamentos de la humanidad atribulada? á estas instituciones. ¿A dónde se ocurre de preferencia para disponer la misericordia en favor de la sociedad, cuando esta gime bajo el terrible azote de la justicia irritada? A esos venerables

asilos de piedad, de oracion y de penitencia. Si, católicos, infeliz del mundo mismo sin los cláutros. La humanidad atribulada se desesperaria entre el fastuoso clamoreo de la filantropía filosófica, si no contara con esas instituciones augustas, erigidas por la lei del sacrificio al alivio de los desgraciados: la oracion privada se iria tal vez insensiblemente debilitando, hasta perderse del todo entre los espectáculos, y los deleites, y el perdurable afan de las pasiones, sin estos retiros permanentes y públicos que incesantemente anuncian á Dios en sus relaciones con nuestros destinos eternos, y practican con el ejemplo la meditacion de su lei, como una necesidad imperiosa del espíritu, y la de la oracion constante, como una condicion indispensable de gracia y de poder moral, para practicar el bien y tocar felizmente á nuestro último fin.

Cuando las instituciones monásticas no fuesen vistas bajo otro aspecto que el de una carrera bien sistemada de virtudes y perfeccion moral; cuando no se considerasen, Señores, sino como un lugar de cita para todos aquellos que vinieran á procurar aquí el arrepentimiento y la esperanza con la abnegacion y el sacrificio; cuando no fueran vistas estas almas fieles sino como nobles y generosos estímulos para resolver á los pecadores en favor de la virtud, é inflamar el corazon de los tibios; cuando solo se tratase de un pueblo selecto, exclusivamente destinado á rodear incesantemente el altar del Dios vivo, esto bastaria, no lo dudéis, para que la sociedad viniese á retocar, digámoslo así, en estos misteriosos recintos su gratitud y su esperanza. Ya veis, católicos, que estos títulos de respeto son de todos los tiempos y por lo mismo, que nunca pueden perecer los de-